

RICARDO GARCÍA NAVARRO

TRES GENERACIONES DE CABAÑUELAS EN LOS MARCOS



El diccionario de la Real Academia Española describe las cabañuelas como «el cálculo popular basado en la observación de los cambios atmosféricos en los 12, 18 y 24 primeros días de enero o de agosto, para pronosticar el tiempo durante cada uno de los meses del mismo año o del siguiente». En 1729, el diccionario las describía como «la vana observación que hacen algunos de los doce primeros días del mes de enero, infiriendo de cada uno de ellos por su orden el tiempo que hará en los doce meses del año». Ricardo nos va a hablar de sus cabañuelas. Nada más levantarse ya observa el cielo para captar las primeras señales del día que serán una premonición del tiempo que, a lo mejor, pueda hacer diez meses después, porque Ricardo hace cabañuelas como ya las hacían su padre y su abuelo.

En tarde de julio nos reunimos a pegar la hebra con Ricardo García Navarro. Hablamos primero de su familia, infancia y juventud. Ricardo nació en 1955 en Los Marcos (Venta del Moro), en su casa, como era costumbre. Sin embargo, sus padres no eran del término de Venta del Moro. Es el primogénito de Ricardo García de Canto Blanco, aldea de la Balsa de Ves, en el Cabriel albaceteño, y de Marcelina Navarro de Los Cojos (Requena). Por azares del destino, sus padres Ricardo y Marcelina se conocieron en Los Ruices (Requena) donde trabajaban.

Marcelina, hija de pastor, fue a servir a Los Ruices, tal como ya hacía en Requena con gente importante. Por su parte, Ricardo García padre venía de San Antón, donde su padre, Bernardo García, abuelo del entrevistado, llevaba una finca. La fatalidad quiso que de bien joven, Ricardo García

padre se quedara huérfano, así pues fue a trabajar como mozo de campo en Los Ruices, donde la familia que lo acogió le trató como a un hijo. Allí conoció a Marcelina.

Y ¿cómo llegamos a **Los Marcos**? Pues el padre de Ricardo acudió a la llamada de su hermana Anastasia y su cuñado Santiago que estaban trabajando en Los Marcos en una parte de la gran hacienda de los Oria de Rueda. No sólo tenía la familia Oria mucha tierra en Los Marcos, sino que poseían además todo un barrio de casas en la parte baja de la aldea. Toda la hacienda, incluida las casas, fue comprada a los Oria por Modesto Giménez Fernández-Arcas, terrateniente de Casas de Eufemia. Modesto partió la herencia de la finca de los Oria entre sus seis hijos: a cada uno le tocó tierra y una casa en Los Marcos. No era moco de pavo.

Hacer cabañuelas, es decir, predecir el tiempo observando las señales que nos marca el cielo.

El padre de Ricardo se empleó en la parte de la finca de los Oria que heredó en Los Marcos Ana Giménez, hija de Modesto, que se casó con Vicente Fernández, de La Portera (Requena), por lo que a la finca unieron tierras en el Cabildo (bajo de Los Ruices con 18.000 cepas), La Portera, Campo Arcís, Los Duques, etc. En total, una gran finca que necesitaba jornaleros como Ricardo García padre y después Ricardo hijo, como veremos. La casa donde vivían era la casa principal de los Oria en Los Marcos, aunque dividida en dos partes.

De su infancia recuerda las clases en la escuela de Los Marcos y sus profesores preferidos que fueron doña María Luisa Cubells y el célebre cura don Hipólito Lerín Moya (párroco de 1956 a 1965), conocido por su gran actividad y erigir una nueva iglesia en Los Marcos, así como reformar la de Casas de Pradas, además de construir en la misma aldea la casa-abadía y centro-biblioteca parroquial. Ricardo recuerda cómo esperaban a don Hipólito en el cruce de la carretera de Los Marcos, pues venía desde Casas de Pradas con una moto Ossa. Ahí en el cruce subía a la moto a cuatro o cinco chiquillos e iba a todo pistón hacia Los Marcos. Ricardo decía que pasaba miedo, pues «arreaba demasiado».

Ricardo recuerda la humilde ermita, anterior a la iglesia, que estaba en una casa privada de Los Marcos. En 1961 se consagró la nueva Iglesia, la actual, que se realizó con albañiles venturreños (Antonio y Virgilio Yeves) y con reparto de dinero y jornales entre los vecinos de la aldea. En esta nueva Iglesia ejerció de monaguillo.

Como Ricardo era muy estudioso y le gustaba la historia sagrada y sabía bien el catecismo, el cura don Hipólito y la maestra María Luisa intentaron convencer a sus padres para que fuera al seminario donde podría estudiar gratis Magisterio. Incluso, Ricardo nos cuenta que a puerta cerrada decía misa al cura y a la maestra. Pero la situación económica en la casa no era boyante, pues tenía cuatro hermanos más (Pili, Margarita, Ursicina y

Andrés), y su padre, lejos de dejarle ir al seminario, tuvo que retirarlo de la escuela a los trece años para trabajar en la finca. Una historia que se repitió en muchas de las familias de la comarca. El graduado escolar se lo dieron más tarde gracias a los maestros gallegos afincados en Venta del Moro don Juan y doña Celsa.

Sus tíos Anastasia y Santiago emigraron de Los Marcos a Barcelona donde ya estaban sus hijos, así que Ricardo padre e hijo se quedaron trabajando la finca donde había mucha viña, oliva y, en La Portera, también cereal. Es más, en época de cosecha trabajaban en la antigua bodega de los Oria, ahora Dominio de Aranleón, en la entrada de Los Marcos. En la bodega recuerda Ricardo que había, además, una almazara de aceite.

Ricardo rememora esas vendimias en Los Marcos donde acudían grandes cuadrillas de vendimiadores de Casas del Cerro (Albacete), Jalance, de la provincia de Cuenca y hasta un año vinieron agricultores de Alpuente que por unas tormentas se habían quedado sin cosecha. Los vendimiadores de la finca se alojaban en el pajar de la casa y las vendimiadoras en la cámara. Se hacían grandes fiestas. El padre Ricardo era muy juerguista, además de un buen cantador de jotas e infatigable bailar. Su madre Marcelina también cantaba muy bien. Muchas veces en el corral de su casa se juntaban los vendimiadores y se armaban grandes bailes. Una vez cinco o seis jornaleras «flamenconas» querían rendir a su padre a bailar, turnándose ellas a sacarlo. Su padre dijo: «A mí no me vais a agotar». Y bailó con todas, pero acabó todo sudado. Fue una gran juerga. Él dijo: «a bailar no me puede nadie». Al baile acudía toda la aldea ya fuera en el corral de su casa o en lugares más públicos. Ricardo cuenta que una noche una vendimiadora de Jalance tocó la jota con el rabo de la escoba y con la mano en la puerta, siguiendo el ritmo de la percusión y cantando muy bien.

Y siguió con su padre trabajando la finca de Los Marcos y otras tierras que en los últimos años llevarían a rento y no ya como jornaleros. En 1986 se casó con Pilar Olmo de Casas del Rey y establecieron su hogar en una casa de los Oria en Los Marcos que vendió a su padre uno de los herederos de Casas de Eufemia. En Los Marcos nacerían sus hijos Jenifer y Samuel. En 1992, los propietarios de la finca se acogieron al arranque definitivo de las cepas y, con 37 años, Ricardo se buscó la vida en otras tierras de Los Marcos y trabajos temporales como la brigada municipal del Pamer. En 1996 se trasladó con la familia a Venta del Moro a una vivienda de reciente construcción cerca de la piscina, donde sigue viviendo. A partir del año 2000 y hasta su jubilación en 2019 trabajó en las brigadas forestales de la Diputación.

Pero Ricardo nos cuenta también una afición peculiar: hacer **cabañuelas**, es decir, predecir el tiempo observando las señales que nos marca el cielo. Su abuelo y padre ya hacían cabañuelas y a él se la transmitieron, así que «de casta le viene al galgo».

Nos cuenta que su abuelo paterno, Bernardo García, era toda una celebridad en Canto Blanco (Albacete), pues cuando no había relojes, él por la simple observación de una parte del cielo decía la hora a los vecinos con los minutos exactos. Cuando aparecieron los primeros relojes de pulsera, los «ricotes» le preguntaban a ver si era puro embuste, pero él seguía acertando la hora con una puntualidad prusiana. Su abuelo Bernardo tuvo una vida muy ajetreada: tres mujeres; muchos hijos muertos prontamente; enterrador de los fallecidos por la gripe de 1918 (los enterraba bebiendo alcohol y fumando para no contagiarse); ejerció de maestro, cura, practicante; representaba Moros y Cristianos en Canto Blanco... Como era inteligente, le animaron a ingresar en la Academia Militar de Caballería, pero no le gustó la desigualdad en el trato entre los que eran hijos del cuerpo y los que no, así pues, se volvió. Además, hacía cabañuelas y apuntaba todos los fenómenos atmosféricos, observaba las nubes y explicaba al padre de Ricardo qué estrellas tenía que mirar y las variaciones que hacían por minutos.

El padre de Ricardo heredó la afición y cuando de mayor vivía con el hijo en Venta del Moro subía al cerro enfrente de la piscina a mirar el cielo y apuntar sus cálculos. Nos cuenta Ricardo: «Mi padre clavaba el tiempo. Salíamos a podar andando y veía un cejo hondo por La Mancha y decía: “entre las once y media y las doce menos cuarto de la mañana está lloviendo”... Y llovía. Él se fijaba por la mañana en el horizonte en los cúmulos y decía: “esta tarde va a llover por esta parte viniendo la tormenta desde cierto lugar...” y así sucedía».

Ricardo afirma: «Me ha gustado el tiempo desde que era crío». Y eso que de bien pequeño le pilló una terrible tormenta entre Los Marcos y Pedriches y lo que les salvó a los tres amigos fue una cuadrilla de vendimiadores que estaban refugiados en una casilla e hicieron lumbre, les secaron y dieron ropa. «Casi fenecemos. Desde entonces, cuando oigo tronar, tengo pánico y me fijo hacia dónde va la tormenta».

Ahora, Ricardo García hijo hace las cabañuelas a la manera que su padre le transmitió. Nos explica cómo. «Hay que levantarse temprano y apuntar todos los cambios que se observen: las nieblas mañaneras y su procedencia, los cambios de aire, la humedad del ambiente, si la nubosidad nace más al sur o al norte para saber por dónde se pueden originar las tormentas...» Y así todo el día.

Ricardo nos explica cómo predecir en agosto el tiempo que hará el año venidero. La cuenta comienza el 2 de agosto que equivale al mes de enero del año siguiente; el 3 de agosto al de febrero y así sucesivamente hasta el 13 de agosto que equivale a diciembre del año siguiente. Pero también se puede realizar las cabañuelas a partir del 14 de agosto que son las llamadas «retorneras» y van al revés. El 14 de agosto predice diciembre del año siguiente; el 15 de agosto noviembre y así sucesivamente hasta el 25 de agosto que corresponde al mes de enero del siguiente año.

Esos días de agosto hay que anotar todo cambio en el cielo para así realizar los cálculos correctos para predecir el tiempo.

Tanto le ha interesado el tema que acudió con un amigo utielano aficionado a un congreso de Cabañuelas en Almagro, donde escuchó a mucha gente que vino de Canarias, Galicia, Valencia, etc. Expertos en la materia, teóricos, pero, el que más le gustó, fue un pastor que dio toda una lección de cómo realizarlas. Y es que para hacer cabañuelas es fundamental estar en el campo y observar mucho el cielo. Me apunta Ricardo que las cabañuelas tienen un radio de acción de 50 kilómetros: «hasta donde me alcanza la vista».

Ricardo apuntaba en su libreta a qué hora comenzaba a soplar el Levante, si hay algo de niebla por Requena, si salen nubes por el sur, si surge una nubosidad compacta por el poniente... La luna no la apuntaba, aunque hay gente que sí.

Ricardo nos dice que sigue fijándose en las nieblas. Las nieblas matutinas de mayo a octubre cumplen a los veintiún días: «Si, por ejemplo, hoy cinco de julio he visto una niebla aguanosa, es señal de que habrá tormenta el 26 de julio». De octubre a mayo las nieblas cumplen, es decir, predicen el tiempo, a los 72 días.

Pero sigue apuntando datos: «Se pueden predecir las lluvias por el comportamiento de las hormigas, sobre todo las aladas. Vi el otro día una cosa que no la había visto en mi vida, un enjambre de hormigas voladoras por el día, cuando lo normal es que salgan de noche. Pronto vinieron las lluvias. Ya mi padre decía que cuando las hormigas sacan tierra del hormiguero haciendo esos conos, hay lluvia segura, porque lo hacen para proteger el hormiguero del agua y si el cono es alto es que el agua será abundante».

Con el mismo método de las hormigas, combinándola con las cabañuelas, el joven Jorge Rey, que se hizo famoso por pronosticar el temporal de nieve «Filomena» que acaeció en enero de 2021, está pronosticando un verano con calor, pero con mucha humedad y tormentas. Y es que las hormigas están muy nerviosas. Ricardo es seguidor de Jorge Rey, así como los programas del tiempo como el de A Punt donde el meteorólogo Juan Carlos Fortea suele sacar imágenes fotográficas de Casas de Moya aportadas por Paco Monteagudo. Y como la tarde da para mucho, seguimos hablando de cómo ha cambiado el tiempo, de la rambla Albosa que antes bajaba en riada cada cinco o seis años y ahora todos los años, de las cañadas que surgen en las carreteras, etcétera.

Ricardo sigue todos los días fijándose en esas nieblas matutinas, siguiendo la información del tiempo y llevando un pluviómetro cuyos datos cede a nuestra revista El Lebrillo Cultural. Y, claro, también tiene tiempo para jugar con su nieto Guillermo que bien cerca vive. Agradecidos.

POR IGNACIO LATORRE ZACARÉS